ETC. Investigación y reportajes • Página/12

COLOMBIA A SANGRE FRIA

AFP

El asesinato es la principal causa de muerte de los varones entre 15 y 44 años en Colombia. En 1987, dos mil personas murieron por motivos políticos. La guerra sucia ha cobrado una nueva dimensión. La violencia de los narcos, la guerrilla y las Fuerzas Armadas, tienen raíces históricas en Colombia. Sin embargo, el asesinato del procurador general, Carlos Mauro Hoyos, y el secuestro del candidato a la alcaidía de Bogotá, Andrés Pastrana, registrados esta semana, actuaron como detonante del clima de guerra que vive el país.

A principios del mes, el partido de izquierda Unión Patriótica denunció que en Colombia se preparaba un *diciembre negro*: un exterminio masivo de sus dirigentes y militantes.

De los aproximadamente 2000 asesinatos políticos cometidos en Colombia en el último año del presidente Belisario Betancur y el primero del presidente Virgilio Barco, más de la mitad han tenido como víctimas a miembros de la UP. De los muertos restantes, la mayoría son militantes de otros grupos de izquierda, dirigentes sindicales, profesores universitarios progresistas, sacerdotes *comprometidos* y dirigentes de organizaciones de derechos humanos. Una verdadera masacre. A la cual hay que sumar los desaparecidos: unos mil quinientos.

Sin embargo, por alguna misteriosa razón, los observadores internacionales y la prensa mundial no le prestan la menor atención a esta guerra, que cobra más víctimas que la de El Salvador o la de los independentistas tamiles, que son noticia diaria en todas partes. La guerra de Colombia, un país de 28 millones de habitantes estratégicamente situado en las cabeceras de la América del Sur, con fronteras hacia el istmo panameño, el petróleo venezolano, la selva brasileña, la guerrilla peruana y el olvido ecuatoriano, es una guerra secreta que no le interesa a nadie.

Desinterés internacional

Uno de los motivos de ese desinterés general puede ser el hecho de que Colombia es, formalmente al menos, una democracia.

No hay un dictador feroz ni una sombría junta militar que espolee la imaginación de los enviados internacionales. Hay elecciones libres cada dos y cada cuatro años, y la presidencia la ocupa un civil de aspecto distinguido, el doctor Virgilio Barco, sucesor de una larga serie de civiles de aspecto distinguido que ha tenido una sola interrupción militar (del 53 al 57) en todo lo que va de siglo. La guerrilla es endémica (Manuel Marulanda, "Tirofijo", jefe de las FARC, es el guerrillero más viejo del mundo: está pegando tiros en el monte desde 1948); pero forma, por decirlo así, parte del paisaje: salvo alguna acción espectacular, como la toma del Palacio de Justicia de Bogotá por el M-19, hace dos años, la guerrilla colombiana es cosa de selvas y montañas prácticamente inaccesibles. Los partidos se alternan pacíficamente en el poder. Los generales no hacen pronunciamientos. La prensa es libre.

Por detrás de esa fachada, sin embargo, la realidad democrática de Colombia es algo más compleja. Para empezar, se trata de una democracia bajo estado de sitio permanente: éste ha imperado ininterrumpidamente, con esporádicas pausas de unos pocos meses, desde 1946. En segundo lugar, los civiles de aspecto distinguido ocultan un poder militar muy grande, y que ha crecido considerablemente en los últimos años, en particular desde el gobierno de Julio César Turbay (1978-82). El ministro de Defensa es siempre, por derecho propio, el oficial de más alta graduación del ejército; el mantenimiento del orden público está reservado de modo exclusivo a las Fuerzas Armadas, de las cuales depende también la policía; y en los casos —frecuentes— de abusos y atropellos (torturas, desaparición de detenidos, etcétera), los militares no son juzgados sino por tribunales militares, y sistemáticamente absueltos. "La justicia militar —ha denunciado públicamente un magistrado del Consejo de Estado— va de prevaricato en prevaricato."

Pero a pesar de la rienda suelta dejada a los uniformados en el tema, el problema de orden público no ha hecho sino crecer en los últimos años. Los distintos grupos guerrilleros cuentan, sumados, con unos 15.000 combatientes en más de cuarenta frentes distribuidos por todo el país; y en las grandes ciudades (Cali, por ejemplo) han llegado a darse verdaderas batallas campales con la



EL MIRON TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Por María Moreno

Por los años cuarenta, un coleccionista de libros tras cuya fecha se ocultaba un vulgar degenerado, encargó a Henry Miller cuentos porno a cambio de 100 dólares mensuales. La consigna era "suprima la poesía". Henry Miller pensó que podía pasársela sin eso y pidió a su amiga Anaïs Nin que lo reemplazara. Ella sabía que la retórica era simple: botitas de 22 botones, correajes tumefacientes, lencería negra, ausencia de sentimientos, sobre todo grandes vergas penetrando en jugosas vaginas bien dispuestas y múltiples. Lo hizo regular, con algunas caídas poéticas. Desde ese entonces Anaïs Nin, la escritora erótica masculina, quedó equívocamente consagrada como la escritora erótica femenina por excelencia. Sin embargo, ella que convertía divertidamente en dólares su obediencia ciega al deseo macho, terminó enviando al coleccionista una carta de queja que decía, entre otras cosas: "El sexo no prospera en medio de la monotonía. Sin sentimientos, sin invenciones, sin el estado de ánimo apropiado, no hay sorpresas en la cama. El sexo debe mezclarse con lágrimas, risas, palabras, promesas, escenas, celos, envidia, todas las variedades del miedo, viajes al extranjero, caras nuevas, novelas, relatos, sueños, fantasías, música, danza, opio, vino". Y luego: "El sexo pierde su poder y su magia cuando se hace explícito, mecánico, exagerado; cuando se convierte en una obsesión maquinal. Se vuelve aburrido. Usted nos ha enseñado mejor que nadie que yo conozca, cuán equivocado resulta no mezclarlo con la emoción, el hambre, el deseo, la concupiscencia, las fantasías, los caprichos, los lazos personales y las relaciones más profundas, que cambian su color, sabor, ritmos, intensidades".

A través de este grito de esclava liberta, Anaïs Nin no sólo critica una estética, a la pornografía sino a la sexualidad masculina misma. Si bien no era la primera vez que las mujeres trataban de definir su diferencia, fue la Nin la que comenzó, en el terreno de la literatura, una mística de su propio sexo sexuado.

Mística que como todas las de liberación, arrastra en su mismo gesto de ruptura aspectos no tan tirabombas:

"El ritmo de la mujer es más flexible, más fluido, más sutil", dice la teórica Luce Irigaray. "Aspectos intelectuales, imaginativos, románticos y emocionales. Eso es lo que confiere al sexo sus sorprendentes texturas, sus sutiles transformaciones, sus elementos afrodisíacos. Usted ha dejado que se marchite el mundo en sus sensaciones; está dejando que se seque, que se muera de inanición, que se desangre", chanta la Nin a su coleccionista.



Hélène Cixous usa expresiones similares. Tretas del débil que se arroga (arrogantemente) un saber para revertir un dominio pero también una suerte de esteticismo tilingo, de apólogo de lo sublime (cuándo no iremos a parar las mujeres de ese lado) donde retorna la figura odiosa de la maestra normal dispuesta a sacar a Gaspar Hauser de su barbarie genital.

El colmo es cuando Nin dice: "Sólo el pálpito al unísono del sexo y el corazón puede producir éxtasis". ¿Reverbero católico de la unión entre cuerpo y alma? Si da ganas de decir: "Muy bien señoras, basta de agujero palito, de al pan pan y al vino vino". Empecemos con los grandes rodeos mareadores, las miradas de veinte minutos. Pero ¿qué tal una mancha de menstruo (de menstruo nomás,no de menstruo elevado al rango de vino pascual), un poco de buen olor a axila, flatulencias?

Cuando se hace una mesa redonda, un suplemento sobre literatura erótica, se convoca a mujeres. ¿Beneficios de la civilización? No. Allí hasta el más moderno vuelve a sostener la certeza de la semejanza entre literatura y vida. Se trata de que ellas (las mujeres) aprendan a poner en bellas figuras sus ficciones de alcoba, hechas a la medida del amo y de poder leerlas como si se las espiara. Pero también de arrancarles un secreto, el instante en que por traducir a la tradición —como diría Mayra Leciñana— su sexo les juega una mala pasada y traducen mal, es decir traicionan. Son estos deslizamientos los que hicieron que Anaïs Nin se hiciera totalmente cargo de su *Delta de Venus* escrito bajo la varita libertina del coleccionista.

Mientras tanto las mujeres escriben erotismo entre la tentación de excitar y el riesgo de ser arrancadas de sí mismas.

Hablar de literatura erótica femenina es hablar de erotismos y en eso vamos a calentar la máquina que, al no tener sexo, no traiciona.

El sexo en orden

El goce masculino tiene la forma de buer cuento corto norteamericano: tiene un principio, un medio y un final de punchingball. L. expresión soez "hacerse el alivio" evoca e rascarse o el hacer pipí: el goce femenin consiste en la eflorescencia de todo el cuerpo y su expansión en el espacio y una continuidad entre el cuerpo y sexo, el sexo y el cuerpo, sin localizaciones fijas, sin puntuaciones separadas (la versión es de Luce Irigaray). En la caricia no hay quién es quién, los bordes se atraviesan en una nebulosa táctil, la piel anestesiada por los besos ignora su dueño... Bah, es insoportable como un texto de Lezama Lima.

Una mujer no enajenada a la economía del hombre vive su sexualidad como un continuum, no como un recorte cuyo guión se limita a una serie limitada de vicisitudes y que desea ofrecerse como espectáculo a un mirón siempre ávido de privilegiar lo sólido sobre lo líquido, de reclamar ese ayku que le viene del otro cuerpo para certificar que se ha sido un buen donador, de reducir su deseo acabando ramplonamente con él.

Sí, el Falo necesitaba esta felpeada teórica que le han hecho las Luce Irigaray o las Hélène Cixous, también algunos hombres como Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut *(El nuevo desorden amoroso)* más la labor inestimable de millones de anónimas histéricas.

Pero esta afirmación de "otro modo de sentir" no deja de tener un simple valor político, como en su momento la afirmación de una identidad gay, negra o femenina, no está sujeta a pruebas de verdad: es una nueva novela sexual en donde, de la euforia fundadora, debería extraerse el eterno tufillo a esencias porque si no, ¿qué queda de la zarpa de la Historia? La sociedad antigua, por ejemplo, parecía indeciblemente progre en relación a los pobres falócratas posteriores. Es cierto que según las suposiciones de Galeno las mujeres eyaculaban durante su orgasmo y que esa eyaculación era esencial al privilegiadísimo acto de procrear. Horrible asimilación a la economía masculina mascullaría Luce Irigaray. Pero ¿para qué *nos* servía? Ocho teólogos de lustre afirmaban que la mujer que se negaba al orgasmo cometía un pecado mortal. Otros cuatro teólogos de lustre que el marido estaba obligado a continuar el acoplamiento hasta que ella "segregase su semen". Y he aquí lo increíble pero real: catorce teólogos de lustre decían que la mujer podía seguir prodigándose caricias a sí misma hasta lograr el orgasmo, una vez que el marido se hubo retirado. ¿Sabían más del goce femenino esos maridos condenados a cumplir con "débito matrimonial" que les imponía desde el párroco hasta el rey y que ni siquiera, en cambio, tenían obligación de amar a sus esposas? ¿Estaban mejor lesbianizados que los de ahora, todo sea por la procreación? ¿O eran simples perros escarbadores, practicantes a ultranza del "agujero, palito"?

En el primer caso, cabe que dentro de algunas décadas, las mujeres, hastiadas de la sobada perpetua y el beso colombino reclamemos aquella vieja genitalidad, una vez que el pene haya perdido su halo trágico, su angustia de púgil de la resfregada.

Otra paradoja: Este "otro modo de sentir" se ha urdido para escupir sobre el Falo. Pero el Falo es una vieja travesti con las operaciones infectadas y los pies hechos pellejo de tanto taconear en vano, un apopléjico que se mea con aquello con que antes pasaba a degüello muñecas grandes. Y hoy son los hombres los que quieren ser lesbianizados: al pasar de la cama (de algún hotel alojamiento) a la camilla (de una casa de masajes) están dando cuenta de todo lo que se les fue en salud. Se extienden como amadas para que los masajeen, los entalquen, los relajen, los alivien. Cuando la expulsión seminal va tan pareja con la del lumbago, cuando el sexo está tan peligrosamente cerca de la kinesiología es que ya nadie soporta lo que ha inventado.

Cada década chilla en paños menores "liberémonos de nuestros dogmas, es decir, fundemos nuevos *hits* de alcoba". Los jóvenes que hoy recorren la ciudad vestidos de negro se han puesto luto por tantas muertes imaginarias. A cambio proponen que la nada es sexy, quieren el sexo de los ángeles.

Nosotros estamos viejos. Preferimos la sexualidad de los nambiquara: una tribu donde los niños pegan a los padres, se yace desnudo luego de revolcarse por la arena hasta tener un tenue color ocre, hilando cuentas de nácar lechoso o de cortezas de nuez de palma, mientras una voz relata: "Todo el mundo había muerto. Ya no quedaba nadie. Ningún hombre. Nada". Un brazo reposa en el cuerpo del hijo, la cabeza en la panza de la prima cruzada. El fuego de la hoguera pasa por los ojos oblicuos. Los mocos se suenan con una ramita en forma de pinza. Los cabellos se separan en bandas geométricas para dejar a la luz el cuerpo de un piojo. De pronto una pareja se levanta y se mete entre los matorrales. Estallan los chistes, las imitaciones, rimas obscenas. Se habla de sexo, siempre de sexo. Luchas en el polvo, pedos, escupidas, cuchicheos, risas locas, de vez en cuando el llanto de un niño pisoteado. Y a echar ramitas a la hoguera, no hay que dejar que se apague porque hace frío. Un mono colgado de una cabellera, así viajará mañana. El zumbido de las moscas, la música de una flauta. La sensualidad de una nación acostada donde los hombres y las mujeres hablan diferentes lenguas, pero eso no se escribe, no puede, no hace falta escribirse.

EL PRES

Freud pronunció, en 1932, ante un auditorio mixto una conferencia titulada *La femineidad*. Allí, como todo muchachón con o sin patota comenzaría por hacer toda clase de bromas y guiños desde el momento mismo de decir "señoras y señores" y luego pondría del lado de lo femenino la popular envidia del pene, una menor capacidad de sublimación —o sea de transformar los instintos en cultura—, cierta flexibilidad a la instancia moral.

Para evitar que las analistas presentes le dieran una nada victoriana patada en el culo, Freud sacó de la galera su teoría de la bisexualidad. Era como si dijera: "La femineidad es esto, ahora si ustedes tienen cinco dedos de frente, son Virginia Woolf o esa filósofa recalcitrante Simone Weill es porque... son masculinas". Al mismo tiempo, y adelantándose a las posibles objeciones y mezclando en el asunto el tema de la galantería ("...nosotros pudimos evitar fácilmente toda falta de galantería permaneciendo en el terreno de la bisexualidad..."), sugiere que toda réplica no podría ser jamás imparcial, viniendo de mujeres. El, por el contrario, se excluye de toda sospecha a pesar de haber mostrado a lo largo de su obra que aun la teoría científica estaba entramada en los deseos y fantasías más profundos de los hombres. Los prejuicios freudianos han sido desmontados por mujeres psicoanalistas como las francesas Luce Irigaray, Sarah Kofman o la inglesa Juliet Mitchell, quien defiende a Freud replicando a las feministas que su obra (la del maestro) es un análisis de la sociedad patriarcal y no una recomendación de la misma. La envidia de pene sería cultural, un reconocimiento de los privilegios de tener uno. Freud subestimó la etapa preedípica de la mujer, pensó la femineidad escuchando demasiado a sus propios fantasmas (hasta temía que su esposa fuera a patinar sola), dio argumentos teóricos a la injusticia social y su concepto de histeria hizo de toda mujer una enferma si no tocaba al compás del deseo masculino.

Juliet Mitchell *(Feminismo y psicoanálisis)* realiza en este libro una crítica a las feministas que se han ocupado de Freud leyéndolo con mala fe, mezclando al victoriano con el teórico y no atendiendo a la riqueza expropiable de sus contradicciones. Su aporte más interesante es el desmontar los preceptos aparentemente revolucionarios de Laing, Cooper, Reich y otros liberadores de la sexualidad hasta encontrar en ellos una misoginia notable y mucho más capciosa que en la del Gran Viejo.

Sarah Kofman en *El enigma de la femineidad* hace un psicoanálisis de Freud de una radicalización tal (tono seco, traba-



guerrilla —para no mencionar de nuevo el episodio, con cañones y tanques y helicópteros, de la toma del Palacio de Justicia en la capital.

En cuanto a la alternativa pacífica de los partidos en el poder, hay que señalar que es pactada entre el Partido Liberal y el Conservador, que se sucedían por riguroso turno y compartían equitativamente, por mitad, todo el aparato del Estado. Los turnos terminaron oficialmente en 1974 (a favor del Partido Liberal, tradicionalmente mayoritario), y el reparto en 1986 (desde hace más de un año, el gobierno es homogéneamente liberal). Pero persiste la exclusión de las terceras fuerzas. No en la teoría constitucional, pero sí, más sangrientamente, en la práctica: la operación de exterminio desatada contra la Unión Patriótica obedece en gran medida a que los candidatos de este partido de izquierda tienen posibilidades de ganar en buen número de municipios en las elecciones de marzo de 1988, cuando —por primera vez en la historia de Colombia— los alcaldes serán elegidos por voto popular, y no nombrados por el Ejecutivo, como antes.

La cresta de la ola

Estos muertos *electorales* son apenas la cresta de la ola de violencia política que está arrollando a Colombia. Hay además los muertos sindicales y agrarios (en el último año, la Central Unificada de Trabajadores —CUT— ha perdido más de cincuenta de sus dirigentes locales); los muertos de derechos humanos (miembros de los comités de derechos humanos: el de Medellín, por ejemplo, que es la ciudad más azotada por la violencia, ha perdido en los últimos tres meses a dos presidentes sucesivos); los muertos de la Iglesia de los pobres (cuatro sacerdotes en los últimos tres años); los muertos de la tregua (han sido asesinados todos los jefes de los grupos guerrilleros que hace tres años firmaron un cese al fuego con el gobierno del presidente Belisario Betancur; sólo se salvaron los de las FARC, que, prudentemente, no salieron a las ciudades, sino que permanecieron en el monte hasta ver por dónde iban los tiros).

Es, pues, aunque siga siendo secreta, la *guerra sucia* abierta, en el mismo sentido que tuvo la expresión en la Argentina y el Uruguay de las dictaduras castrenses. Sólo los militares utilizan la expresión en un sentido diferente (y es el mismo en que lo usaban los generales argentinos): ''guerra sucia'' es, según ellos, la *campaña de calumnias* de que son víctimas las Fuerzas Armadas colombianas en torno al tema de los asesinatos y las desapariciones.

A los militares se los acusa, cada día más abiertamente, de ser los responsables de esa guerra sucia, o por lo menos cómplices directos de las *fuerzas oscuras* que, según el presidente Barco, la adelantan. A las autoridades civiles, empezando por el presidente, sólo se las acusa de pasividad y benevolencia: ninguna de las *investigaciones exhaustivas* anunciadas tras los centenares de asesinatos, cometidos muchas veces en presencia de testigos, ha dado resultados, ni mucho menos detenidos, y ni siquiera sospechosos. En numerosos casos, en cambio, los testigos han sido asesinados a su vez y al mismo tiempo por las ciudades colombianas circulan abiertamente *listas negras* de personas amenazadas de muerte —sindicalistas, periodistas, profesores universitarios, dirigentes políticos de izquierda— sin que el gobierno mueva un dedo. En una reunión mantenida con un grupo de amenazados hace tres meses, generales y ministros justificaron su pasividad por la *falta de colaboración de la ciudadanía*. Y cuando empezaron a caer asesinados los primeros de la lista —Héctor Abad, presidente del comité de derechos humanos; Jaime Pardo, senador y ex candidato presidencial de la Unión Patriótica— y sus compañeros de amenazas empezaron a viajar al exilio (ver recuadro), el único comentario en los círculos cercanos al presidente Barco fue un escueto ''bien idos''.

Pero si en la pasividad del gobierno hay algo de cinismo, también hay mucho de impotencia. Y esta impotencia se debe sobre todo a la destrucción lenta, constante y ya prácticamente definitiva del aparato colombiano de justicia. En parte por abandono: el Poder Judicial es políticamente independiente, pero en lo económico depende del Ejecutivo para funcionar; y desde hace décadas es *la cenicienta del presupuesto*. No sólo faltan centenares de jueces, sino que los que hay carecen por completo de medios para trabajar, desde máquinas de escribir hasta una policía judicial competente, e independiente de las Fuerzas Armadas. En parte, también, por la propia corrupción del aparato judicial. El abandono se vio en el ya citado caso del Palacio de Justicia, bombardeado por los militares con todos los magistrados dentro (doce murieron), sin que el entonces presidente Betancur hiciera nada por buscar una salida menos catastrófica.

Comprar la conciencia

''Un ejemplo para el mundo'', se jactó entonces el oficial que dirigió la operación y hoy es ministro de Defensa, el general Rafael Samudio. En cuanto a la corrupción —y el amedrentamiento—, el ejemplo más claro es la declaración de inconstitucionalidad, por parte de la Corte Suprema, del tratado de extradición de mafiosos de la coca firmado con los Estados Unidos. La mafia se desembarazó así del incómodo tratado después de asesinar a más de cincuenta jueces y magistrados y a numerosos periodistas.

Entre todas las *fuerzas oscuras* que según el presidente Barco amenazan no sólo la justicia, sino la democracia colombiana, la mafia de la cocaína es la principal. Los ríos de dólares que pagan por su producto millones de consumidores en Estados Unidos y en Europa han hecho de ella un aparato más rico y poderoso que el propio Estado colombiano. Dos de sus jefes, Jorge Luis Ochoa y Pablo Escobar, figuran entre los veinticinco hombres más ricos del mundo en los recientes listados publicados por las revistas norteamericanas *Forbes* y *Fortune*, cada uno con más de dos mil millones de dólares.

Y con esas fortunas han procedido a comprar no sólo la conciencia de los jueces, sino todo en Colombia: los bancos, los obispos, los políticos, los periodistas, la tierra, los equipos de fútbol, la policía, los militares. Incluso las guerrillas: en efecto, las principales zonas de cultivo de la coca en Colombia son zonas controladas por la guerrilla. Pero también, en sus más altos niveles, la mafia de la coca colabora en la represión política. Así, por ejemplo, la tesis gubernamental es que al líder de la UP, Jaime Pardo, lo asesinó la mafia.

Y puede ser verdad. Aunque, por una vez, obligue al gobierno de Virgilio Barco a contradecir una de las verdades reveladas por la administración de Ronald Reagan, según la cual la cocaína no está a la derecha, sino a la izquierda.

Exilio sin Gardel

Gustavo Vasco es un ciudadano particular, sin cargo alguno en el gobierno de Colombia. Pero es también el más íntimo y poderoso consejero del presidente Virgilio Barco: no se nombra un ministro sin su consentimiento. Por eso, cuando Vasco declara a la prensa que ''no hay razón para desear que les vaya mal en su voluntario exilio'' a quienes ''tienen recursos económicos para vivir en el exterior y son dueños legítimos de sus temores personales'', a ese *voluntario exilio* se apuntan muchos de los amenazados de muerte, entendiendo que el gobierno no está demasiado interesado en proteger sus vidas.

Así, pocos meses atrás comenzó la diáspora rumbo a México, Canadá o España: periodistas, profesores universitarios, artistas, abogados, libreros, dirigentes políticos, directores de orquesta. Alberto Rojas Puyo, senador de la Unión Patriótica y miembro de su dirección nacional, eligió España. ''Las amenazas hacían indispensable un tiempo de *reposo* —explica durante su exilio a la revista *Cambio 16*—. Tengo el propósito de hacer comprender a los partidos políticos, los sindicatos, las fuerzas democráticas de España, la grave crisis de los derechos humanos y del pluralismo en mi país'', concluye el dirigente colombiano.

''Me quedaré en Madrid mientras dure la actitud de complacencia del gobierno ante las amenazas a la prensa crítica'', asegura Daniel Samper, un periodista de *El Tiempo* de Bogotá, considerado como el columnista más leído de Colombia.

LA VIOLENCIA SE VISTE DE BLANCO

Por Sol Fuertes
(El País *de Madrid*)

Medellín, la ciudad industrial más importante del país, cuenta con 2.700.000 habitantes. Medio millón vive en la indigencia absoluta. Barrios como el de Villa Tina, en el que murieron el año pasado más de 600 personas sepultadas por la montaña, rodean la ciudad.

En ese cordón de miseria, salpicada por laberínticos callejones, se agrupan los desempleados, principal fermento de la delincuencia. De 20 muertes violentas ocurridas en 12 horas en la ciudad, 13 se produjeron en esa zona.

En Medellín viven los principales narcotraficantes. A Medellín llega la guerrilla. Aquí se esconden los paramilitares. En Medellín también se encuentra el mejor comercio de Colombia, las galerías de arte más lujósas, y las mejores discotecas, aunque no se llegue al refinamiento de Manhattan.

Por Medellín se desparraman propiedades de la familia Ochoa, que se cuentan entre las veinte mayores fortunas del mundo. En Medellín se alza un precioso edificio, digno de una postal. Es el centro de negocios del narcotraficante Pablo Escobar, una de las diez fortunas más fabulosas del mundo.

Hace quince años, Escobar era un lavacoches. Hace tres, un diputado por el Partido Liberal. Hoy pende sobre él una orden de captura, al igual que sobre tres miembros de la familia Ochoa.

Otro narcotraficante, Gonzalo Rodríguez Gacha, es el supuesto *cerebro* del asesinato del líder de Unión Patriótica, Pardo Leal.

Nadie oculta que el 90% de Medellín depende de alguna manera de estos narcotraficantes —llamados el *cartel de Medellín*—, y menos los arquitectos que construyen viviendas de un millón de dólares aproximadamente. Recientemente, el gobierno del liberal Virgilio Barco ha elevado el salario mínimo a unos 120 dólares.

Un periodista, que, como la mayoría de los entrevistados, pidió no ser identificado, contaba que hace un mes se vio a Escobar jugar un partido de fútbol. Lo hizo ante 10.000 espectadores, en el estadio de Envigado, su ciudad natal, que él mismo construyó para el esparcimiento de sus conciudadanos.

Para Jaime Jaramillo, Escobar no es de los narcotraficantes que han aupado a los paramilitares. El líder de la Unión Patriótica —partido surgido de la guerrilla comunista Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)— asegura que el narcotráfico tiene sus matices.

''Escobar no es un delincuente común, ha construido en Medellín más viviendas populares que la administración del liberal Virgilio Barco'', afirma convencido.

Guaviare, la más violenta

Si Medellín es la ciudad más violenta, el triste record por regiones lo tiene Guaviare. Tanto en la capital de Antioquía como en esta zona de bosque subtropical, frontera entre los Llanos y la Amazonia, se dan elementos comunes que convierten los asesinatos en una maraña de intereses en la que hoy por hoy ninguna investigación judicial ha podido llegar hasta el final. Guaviare fue en los años sesenta un objetivo de colonización.

Alentados por el gobierno, miles de campesinos buscaron aquí la tierra prometida huyendo de la violencia entre conservadores y liberales, que causó 200.000 víctimas a finales de los años cincuenta.

Lo primero que sembraron fue maíz y arroz. Las cosechas no pudieron ser mejores. Se llenaron las casas, las calles, las pocas escuelas y puestos de salud de la zona. Hasta los bares y las iglesias sirvieron de almacenes de grano.

Pero pasó el tiempo y la cosecha empezó a pudrirse. No se habían previsto vías de comunicación para transportar tanta riqueza. Los colonos se arruinaron.

A mediados de los setenta, hombres desconocidos aparecieron con una semillas que regalaban a manos llenas. Eran de manihuana. La cosecha fue excelente, pero llegaron tarde. Estados Unidos ya cultivaba su propia *hierba*.

En 1979 volvieron a aparecer los mismos hombres, aunque con otras semillas, que reconocieron cuando se convirtieron en matas: eran idénticas a las que cultivaban los indígenas.

Fue la locura. Venían hombres de la ciudad con grandes maletas de dinero para pagar las cosechas. Se necesitaba más mano de obra, y llegaron otros hombres que fumaban bazuco para resistir el terrible ritmo de trabajo. El bazuco es algo así como la heroína de los miserables.

Desde 1981, en San José, capital de Guaviare, la población flotante llegó a superar diariamente los 12.000 residentes. Pero también desde entonces el machete o la bala fueron las primeras causas de mortandad. No había día con la morgue vacía.

Pagar en dinero

''Entonces llegamos nosotros —explica un mando de las FARC— y limpiamos la zona de bazuqueros. Sabían que el tercer aviso era el ajusticiamiento''. Así murieron muchos narcotraficantes, y los demás tuvieron que volver a pagar las cosechas en dinero, y no en bazuco. ''Además —dice el guerrillero— convencimos a los campesinos de la necesidad de cultivar por cada yarda de coca otra de yuca y banano''.

Pese a la diversificación de cultivos, era tanto el dinero que corría en San José del Guaviare, que aumentó el número de traficantes, pícaros, comerciantes y prostitutas. El pueblo siguió siendo una ciudad de adobe, de aguas estancadas, de malaria, de música llanera y de docenas de bares que sólo se cerraban para que el juez levantara los cadáveres de los asesinados.

Ahora la violencia es de signo político: se ceba en los líderes cívicos y políticos. Hace un año mataron al alcalde de la ciudad y a varios candidatos a las elecciones municipales del próximo 13 de marzo. ''Teníamos todas las posibilidades de ganar en la región —dice Jaime Jaramillo— pero han matado a nuestros candidatos y ya no podemos arriesgar a más gente. Esta situación se reproduce por lo menos en 30 municipios de todo el país''. Los *nuestros* no son sólo los comunistas, sino también conservadores y liberales que han optado por apoyar o son apoyados por la Unión Patriótica. En dos años, 500 militantes de Unión Patriótica han sido asesinados.

La vida en San José de Guaviare ahora languidece. El precio de la coca ha dejado de ser rentable. Miembros de la antiguerrilla vigilan el pequeño aeropuerto de tierra. Dicen que se teme un ataque de la guerrilla.

Un cuartel domina la vida cotidiana del pueblo. Los soldados hacen la instrucción por las calles al grito de ''¡mueran los comunistas!'' En las afueras hay una pequeña laguna que sirve de depósito de cadáveres. ''Los asesinos quieren que sepamos a quién matan'', cuentan.

A dos horas en barca, otros *militares* dirigen la vida de los 50.000 campesinos desparramados por 40.000 metros cuadrados de selva.

En el Raudal, a orillas del río Guayabero, un aviso indica que ahí comienza el territorio de las FARC. Un cartel con los horarios de subida y bajada por los rápidos advierte de las multas que deberán pagar los infractores. En el mismo aviso se prohíbe la navegación por la noche ''bajo multa'' de 250 dólares. Toda una fortuna.

Pasados los rápidos, en los que el año pasado se ahogaron más de 30 personas, aparece Lacarpa, población de 200 habitantes. Allí esperan dos jóvenes guerrilleros comandados por un adulto que se identifica como el camarada Roberto. Prohíben hacer fotografías, aunque advierten que el permiso lo tienen que dar los dirigentes locales.

El polvorín de guayabero

El pueblo siestea al calor del mediodía. La sorprendente presencia de Mario Hernández, líder de la UP en la región, aviva las miradas. El, por su parte, quiere demostrar que en Lacarpa se vive feliz. ''Aquí no hay más ley que el respeto a la vida y a la mujer del otro'', afirma.

Pero Hernández reconoce, aunque no quiere creer que pueda ocurrir, que una exitosa ofensiva militar dejaría a la población a merced de las represalias.

Hernández repite sin descanso: ''Colombia es un polvorín, y la mecha está en el Guayabero''. Y reúne a los representantes cívicos de la población para que expliquen en qué han quedado las promesas arrancadas al gobierno en diciembre de 1986, cuando 25.000 campesinos *tomaron* la capital del Guaviare.

La consecuencia es que nadie que habite en la zona del río se atreve a bajar a la capital. ''Los primeros que lo hicieron no han vuelto'', dice Hernández.

Carlos Enrique sí regresó. Tuvo la suerte de salir ileso de un atentado. Su compañero murió acribillado por balas anónimas. Era el secretario de la organización cívica de Lacarpa, y como tal salía de recoger un cheque-ayuda del gobierno. No le dio tiempo a cobrarlo. Ahora el cheque es papel mojado. Hay que iniciar otra vez los trámites de legalización de firmas, pero el nuevo secretario no puede bajar a San José si quiere seguir viviendo.

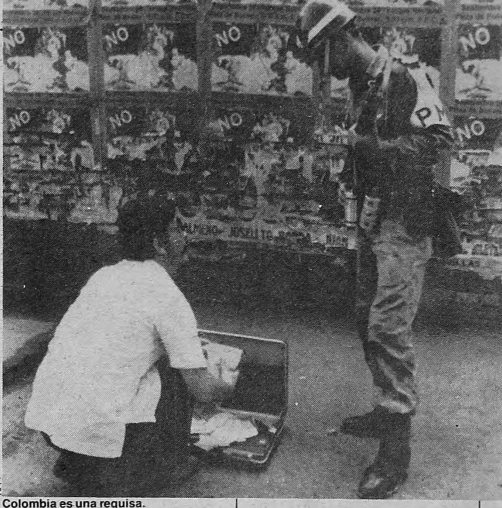
La organización cívica quiere que un funcionario del gobierno suba el dinero desde San José a Lacarpa. Han pasado varios meses y la situación sigue estancada. Nadie se atreve a recoger los cheques.

''Si bajas a San José —dice un campesino— sabes que no duras más de una hora vivo''. ''Si Colombia es un polvorín, la mecha está en el Guayabero'', repite Mario. A la semana de esa conversación, el Ejército entró en el Guayabero. Los medios de comunicación no le dieron importancia.

''Ni el diálogo con la guerrilla ni más medidas punitivas para la delincuencia común o el narcotráfico traerán la calma al país —dijo el procurador general de la Nación, el liberal Carlos Mauro Hoyos—. Mientras no haya justicia social no habrá paz''.



AFP



AFP

Colombia es una requisa.



AFP

Héctor Abad Gómez, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Antioquía, asesinado el 25 de agosto de 1987 en Medellín.

COMPROMISO DE ACAPULCO

Siete y uno no son ocho

Cuando los Ocho firmaron el Compromiso de Acapulco, el colombiano Virgilio Barco no aplaudió. Y cuando los reporteros le preguntaron sobre el pago de la deuda externa, contestó, como un sabio chino, que ''Colombia maneja su economía con mucho cuidado''. El sentido de su inexpresiva conducta y de su filosófica frase quedó claro cuando, después de firmar el Compromiso, se diferenció de la posición común —que abogaba por la autonomía latinoamericana en la negociación— con un documento paralelo, suscripto por el solo, según el cual su gobierno sí seguiría fielmente los lineamientos de sus acreedores. Así borró con el codo lo que acababa de escribir con la mano, y, siguiendo un estilo doble, muy común en la política tradicional colombiana, rompió con la conferencia sin escindirla.

Se comprende que Barco no quiera disgustar a sus acreedores estadounidenses. Entre otras cosas, porque espera de ellos un empréstito de 250 millones de dólares en 1988 para armar más y mejor al Ejército, una cifra mucho más alta que la de años anteriores. Eso es comprensible también: ya que está metido en una *guerra sucia* hasta la tráquea, es lógico que quiera ganarla.

A su regreso a Bogotá, explicó qué entendía por *guerra sucia*: la injusta campaña de acusaciones en contra suya por crímenes y desapariciones, orquestada por ''terroristas de varios orígenes y grupos demenciales'', con el fin de debilitar su legítima autoridad.

Uno de los hechos que perturbó a Barco en Acapulco fue la carta pública de varias personalidades mexicanas reclamándole que se acogiera al espíritu de Esquipulas, con lo cual le estaban diciendo que le diera prioridad a la negociación sobre la represión. Sin darse por aludido, al llegar a Colombia, el presidente dio un no rotundo a la propuesta de que la Iglesia mediara en un acuerdo entre el gobierno y la coordinadora guerrillera, que agrupa a todas las fuerzas alzadas en armas.

Contra la voluntad de Barco, la conformación de esa coordinadora, como oposición político-militar unificada, ha hecho que las mil aristas del caos colombiano vuelvan a girar en torno a un eje central: la negociación de la paz.

Como si fuera el primer día de la creación, hay que rehacer a Colombia. Acometer reformas sociales que se evaden desde el siglo pasado; romper el monopolio de poder que asfixia el libre juego político; frenar la rueda loca de la delincuencia; recuperar la ética perdida con el narcotráfico; desmontar el terror paramilitar y garantizar la vida. Esta empresa monumental no puede —ni quiere— acometerla un presidente que no tiene más poder que el que los militares le dejan.

Liberada

Por Erica Jong (Raíz de amor)

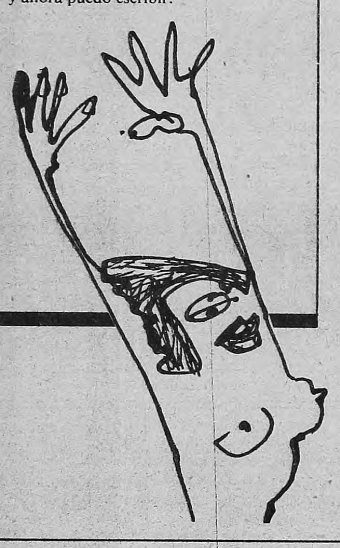
No había escrito un poema en meses,
tenía la boca seca,
llena de recortes de viejos diarios
y críticas de libros
y artículos sobre la Suma Total
del Arte.

Muerta,
incapaz de escribir,
me había transformado en mis críticos.
Mi pasión fue castigada
con la vulgaridad,
mi lujuria se había convertido
en tinta de impresor
sobre el polvo.

Entonces llegaste,
te apoderaste de mí súbitamente
una noche en medio de una conferencia,
sujetaste mis manos con gomitas,
mis pezones con clips,
escribiste en mi vientre tu deseo terrible,
en mis mejillas tu ternura.

Sentí ese espasmo fatal del amor
y me quedé sin cena.
Sentí ese hambre de ti
y tuve diarrea.

Ay, conozco a mis cínicos lectores,
mis cínicos yoes...
pero la Musa aleteó sobre el lavabo
y olió la mierda.
Y la musa limpió mi culo
esa noche profética,
y ahora estoy otra vez enferma
y ahora puedo escribir.



NUEVAS CARTAS PORTUGUESAS

Por Maria Velho Da Costa, Maria Isabel Barreno y Maria Teresa Horta

Era perversa:
dormía completamente desnuda, los pechos sueltos y suaves, muy blancos y mostrados igual que sus pezones largos, rosáceos y dilatados.

Durante el día andaba por casa con la blusa desabotonada y sentándose de cualquier manera con el vestido subiéndosele siempre hasta medio muslo, dejando entrever entre las piernas cierta suave oscuridad, aminorada por la media penumbra en que se encontraba.

Era perversa:
se tumbaba en los sofás, a lo largo, con los brazos hacia atrás, y permanecía así, estirada, cuanto podía, sin maldad, pasándose la lengua por los labios húmedos.

Era perversa:
de un rubio profundo, la piel sembrada de suave pelusilla, los ojos de un azul duro, siempre soñolientos.

Era perversa:
le rodeaba el cuello con los brazos, los senos aplastados contra el pecho y el aliento tibio, sedoso, rozándole la boca, arrastrándole muy cerca, como entumecido por la saliva.

Era perversa:
dejaba la puerta entreabierta, olvidada, entretando se desvestía despacio, descubriéndose el vientre blando, los hombros flacos, despacio y con breves movimientos, en secretos pactos y resonancias con la infancia.

Era perversa:
llevaba el cabello desaliñado y tibio del sueño cuando de mañana lo besaba, al darle los buenos días, con la despreocupación adquirida con el hábito.

Era perversa:
dormía completamente desnuda, los pechos sueltos y blandos, muy blancos y mostrados igual que sus pezones largos, rosáceos y dilatados.

Cuando el hombre entró en el cuarto vaciló, mirándola, fijándose en su sueño, pero inmediatamente avanzó, silencioso y tranquilo, hacia la cama, vacilando otra vez. Luego alarga una de sus manos, la desliza por la suave curva del pecho, por las caderas calientes, dulces, introduciendo los dedos crispados entre los pelos sedosos del pubis.

Se inclina ante la invitación de ella y le tapa la boca con fuerza, brutal, manteniéndola acostada, firmemente, debajo de su cuerpo, ahora extendido todo a lo largo sobre el de ella.

Era perversa:
tenía una risa libertina, sedienta, y una forma de mirar a los otros provocativa; un perfume salvaje exhalado por momentos, como un fruto obsesivo: obsesionante, obsesionante.

Indiferente, Mariana siente que él sale de su interior, salpicándola de esperma también por fuera. Luego ve que se levanta de la cama, se viste con prisa y se va sin tan siquiera mirarla, todo el tiempo mudo, incluso mientras la forzaba, mudo incluso cuando la tenía, rendida, sumergida en aquel sopor, del que no quisiera salir nunca más, cada hora más profundamente perdida.

—Tienes que dejar esta casa —le dice él con una voz neutra, monocorde—, no podemos continuar viviendo juntos en el mismo techo después de lo que pasó. Has sido la culpable de todo, bien sabes que has sido la culpable de todo, yo soy hombre; soy hombre y tú eres provocativa, perversa. Eres perversa. Una mujer sin vergüenza, sin pudor. Me irritas, me repugnas, me avergüenzas. Te dabas cuenta, sé que te dabas cuenta, que sabías cómo me ponías. Yo soy hombre, mi puta.

—Claro que soy una puta, puedes estar tranquilo, padre, soy una puta.

—¡Cabrona! —le gritó la madre cuando se dirigía hacia la puerta de la calle, apoyándose en las paredes para no caer—. Cabrona.

(De Nuevas Cartas Portuguesas)

TIGIO DE GOZAR

jador, sin énfasis reivindicativos) que debería ser un ejemplo de lectura para el feminismo. Emilce Dio Bleichman produjo en 1984 *El feminismo espontáneo de la historia* en donde *el caso Dora,* caso psicoanalítico expuesto por Freud, se convierte en el embrión de una postura revolucionaria, donde la "enfermedad" se transforma en la resistencia, el grito sintomático de un discurso, de un deseo al que se le niega la existencia. Pero es en Hélène Cixous y Luce Irigaray donde se entraman los términos femineidad, erotismo, escritura —que convocan este suplemento—. Sigrid Weigel, autora de *La mirada bizca: Sobre la historia de la escritura de las mujeres,* habla sobre ellas: "El desplazamiento del énfasis de la teoría feminista del interés por la representación del hombre y la mujer, al interés por los elementos de la femineidad en la escritura, es un rasgo común de los escritos de las feministas psicoanalistas francesas Luce Irigaray y Hélène Cixous."

No me interesa convertir a la mujer en sujeto *y* objeto *de una teoría; es imposible abarcar lo femenino con ningún término genérico. Lo femenino tampoco puede ser significado por ningún nombre apropiado, por ningún concepto, ni siquiera el de Mujer (Luce Irigaray, Ese sexo que no es uno).*

Lo *femenino* significa más que *mujer.* De ello se deriva la idea de Luce Irigaray de que no es cuestión de *hacer una teoría de la mujer,* sino de dar a lo femenino un lugar en la diferencia de los sexos. Su método para encontrar ese *lugar de lo femenino* es, una vez más, la *travesía de diversos discursos,* el filosófico y el psicoanalítico, en que lo femenino se define como una carencia, como un déficit (ver su libro *Speculum* que es un ejemplo de recorrido de la teoría y la crítica freudianas).

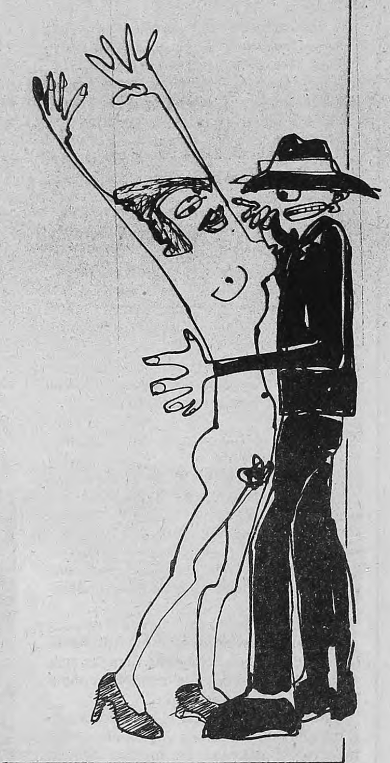
La travesía, el cuestionamiento y el descuajamiento del discurso son necesarios, escribe Irigaray, porque la exclusión de lo femenino tiene lugar dentro de los modelos y las leyes, los sistemas de representación, que funcionan sólo como autorrepresentación de la subjetividad. El objetivo final es la destrucción del modo de funcionamiento del discurso.

Estos aspectos de las ideas de Luce Irigaray sobre lo femenino tienen en común con las de Hélène Cixous: la proximidad de lo *femenino* y lo que fluye, el cuerpo, el ritmo, la falta de forma de un texto femenino sin principio ni fin, la proximidad con el palpar o el tocar. Para Cixous (*La jeune née* en colaboración con Catherine Clement), estos son los rasgos de una *economía femenina* que ella describe como antagonista de la *economía masculina,* de lo simbólico y lo filosófico y del discurso. La mujer es como el inconsciente que ha sido reprimido y excluido del orden masculino. Es por tanto posible, en su opinión, que la mujer deje que lo reprimido aparezca en su escritura sin pasar por la travesía de discursos que sugiere Irigaray.

Y así las mujeres pueden albergar en sí mismas el potencial para un *programa positivo.*

¿Un programa positivo? Habrá que estar atentas: A principio de siglo un supuesto disgusto sexual nos arrojó en los divanes para que un vienés verde extrajera nuestros secretos con fórceps.

En los años sesenta se nos convenció de las gracias de ser activas, belicosas, ebrias de sí. Nos volvimos más putas pero no por eso más libres. No tener un orgasmo (a la manera de ellos) equivalía a la expulsión de la Escuelita Genital El feminismo de los años sesenta sólo hizo un desplazamiento local: de la vagina al clítoris. Lo que antes era vergonzante puerilidad ahora merecía una bandera roja. En los ochenta he aquí que nuestro cuerpo es fluorescente, archierótico, ilimitado, todas tendríamos la boca curvada de la Santa Teresa de Berbini. ¿Cuándo terminará este agotador prestigio de gozar?





AFP

CON EL DEDO EN EL GATILLO DE LA PAZ

Por Adriana Schettini

"No recuerdo, desde que tengo la costumbre de informar y ser informado, un tema que haya saturado y apasionado de tal modo al país, como éste de la paz", dijo Gabriel García con referencia a una época en que la paz era un sueño posible en Colombia. *Viva la paz con los ojos abiertos,* escribió con gruesos trazos de pintura el Premio Nobel en un muro de la plaza Bolívar de Bogotá durante la Jornada de los Artistas de la Paz el 26 de agosto de 1984.

Estas manifestaciones no eran nuevas. Durante diez minutos de un caluroso mediodía de diciembre de 1983, millones de personas reunidas en Cartagena habían izado la bandera nacional, habían agitado pañuelos blancos, habían hecho sonar las sirenas de las fábricas, las bocinas de los automóviles, las campanas de las iglesias y las catedrales. En definitiva, habían manifestado, cada uno a su manera, la voluntad de paz.

Hoy, en cambio, sólo la violencia es noticia en Colombia. En Medellín se registraron dieciséis crímenes en ocho horas. Entre 1981 y 1986 se registraron en Colombia 1500 desapariciones de detenidos, según datos del Comité de Defensa de los Derechos Humanos y el Foro por la Vida. El asesinato es la principal causa de muerte entre los varones de 15 a 44 años. En 1987, dos mil personas perdieron la vida por motivos políticos.

El intento de alcanzar la paz que comenzó en 1982 cuando el entonces presidente de Colombia, Belisario Betancur, formó la Comisión de Paz destinada a entablar el diálogo con la guerrilla, estuvo condenado —desde el comienzo— a una vida efímera. Diez meses después de asumir el cargo de presidente de dicha comisión, Otto Morales Benítez presentó su renuncia indeclinable y denunció crípticamente la existencia de "enemigos de la paz agazapados dentro y fuera del gobierno". Eso fue todo. No dio nombres ni precisó datos.

"Una denuncia menos enigmática —opinó el autor de *Cien años de soledad*— habría sido decisiva, justo en el momento en que el presidente tenía sus fuerzas intactas para sacar de sus madrigueras a los enemigos de la paz." Las armas no eran en aquel momento el único instrumento capaz de poner al borde del abismo el proceso de pacificación. La *guerra de los comunicados falsos* había sido declarada y los medios de comunicación eran el campo de batalla donde se ejecutaban todas las formas posibles de propaganda negra e intoxicación informativa.

"Había enemigos de la paz que manejaban hilos secretos, noticias falsas y verdades manipuladas, citas tramposas, para provocar el desorden mediante las armas mortales de la desinformación", escribió Gabriel García Márquez en el prólogo del libro *La guerra por la paz,* de Enrique Santos Calderón, el periodista del diario *El Tiempo* a quien la familia de Andrés Pastrana designó como mediador en el momento de su reciente secuestro. "En la euforia de la paz —agregó García Márquez— los medios soltaban las noticias como iban llegando, sin darse cuenta en muchos casos de que eran víctimas complacientes de una gigantesca operación de engaño."

El derribamiento de un helicóptero militar por el M-19 en el departamento del Valle, en mayo de 1985, constituye un ejemplo de la manipulación informativa. Fuentes no oficiales de las Fuerzas Armadas dijeron que el helicóptero desarmado iba a recoger los heridos de un combate, y que los guerrilleros, después de derribarlo, vejaron y remataron a los tripulantes. Los guerrilleros, en cambio, aseguraron que lo habían derribado porque era un helicóptero artillado que había abierto fuego contra ellos, pero que los tripulantes heridos habían sido puestos al cuidado de campesinos de la región, con instrucciones de que los entregaran al ejército para que fueran atendidos a tiempo. La comisión de verificación estableció, más tarde, que esta última versión era la verdadera, pero el gobierno ya había procedido sobre la base de que no lo era. Un alto funcionario oficial explicó a la prensa que la primera versión no había sido divulgada por ningún comunicado del ejército, ni la segunda por ningún comunicado oficial del M-19. Por consiguiente —según la lógica del funcionario— ninguna de las dos debía tomarse en cuenta.

"Es una concepción de la información —interpretó García Márquez— según la cual una noticia no existe mientras no esté firmada por una autoridad competente en papel sellado y ante notario público."

"Es una concepción alarmante —agregó— pues la guerra de la información va siempre por otro lado: es una guerra de rumores, de boletines falsos, de versiones sin origen, Una guerra sucia."

En la última semana de enero de 1987, el entonces ministro de Gobierno, Fernando Cepeda Ulloa, convocó a una comisión formada por académicos especializados en la investigación de la violencia para que realizaran un estudio sobre este fenómeno en Colombia y las medidas que podrían contribuir a frenar su avance. En el capítulo titulado *Violencia y medios de comunicación* del informe final, la mencionada comisión sostiene que en la etapa de la pacificación "el papel de los medios no fue tomarle el pulso a la opinión pública ni relacionar las ideas y los hechos con sus antecedentes y consecuencias, para ofrecer a diario un contexto de lo real, sino más bien transmitir una historia oficial con ocasionales apariciones de voceros de la subversión pero, en suma, manteniendo el aislamiento que existía antes de iniciarse el proceso de reconciliación y apertura política".

Los artificios fueron múltiples: en los periódicos se hizo frecuente el uso de la primera plana para situar la versión oficial de los acontecimientos, dejando para páginas interiores el relato de sus corresponsales o de los testigos directos.

Simultáneamente, se utilizó la práctica de enfrentar en una misma página las noticias ligadas a los avances en el proceso de paz con aquellas emanadas de las acciones de orden público, como emboscadas, asaltos a poblaciones o ajusticiamiento de campesinos por la guerrilla, con lo cual —conforme al mencionado informe— "el mensaje que recibía el lector era que se estaban traicionando las intenciones de paz".

En una encuesta realizada por el Círculo de Periodistas de Bogotá a quinientos profesionales de prensa de nueve ciudades, el 90 por ciento estuvo de acuerdo con que existían presiones que incidían en su trabajo y que éstas provenían en un 28 por ciento de la pauta publicitaria, en un 26 por ciento de los propietarios de los medios y en un 19 por ciento de sectores militares y policiales. Mientras tanto, la presión de la opinión pública fue de sólo el 0,8 por ciento. Los encuestados, además, reconocieron en un 78 por ciento que, producto de las presiones aludidas, practicaban la autocensura.

"En la algarabía de las inculpaciones recíprocas, no se supo nunca con certeza quién disparó el primer tiro que rompió la tregua, ni quién empezó ninguna batalla. Los guerrilleros culpaban a las Fuerzas Armadas, y éstas culpaban a los guerrilleros. Los partidos políticos establecían sus criterios de acuerdo con sus intereses del momento. La opinión pública, incapaz de sacar nada en claro, se dejó vencer por el tedio, y la prioridad de la paz fue sustituida por la prioridad del desencanto. Tal vez, en medio de las tinieblas, la única verdad era que unos y otros mentían por interés, por táctica, por conveniencia, por ignorancia, por responder a una mentira con otra, y hasta por el mismo hastío de vivir entre tantas mentiras. Pero al final el resultado era el mismo: todo el mundo mentía", recapituló García Márquez.

Tiempo después, cuando la búsqueda de la paz ya no es sino un recuerdo en Colombia, el traslado de los hechos de violencia a la primera plana sigue siendo una práctica habitual. El Círculo de Periodistas de Bogotá lo comprobó al registrar que entre la última semana de febrero y la primera de marzo de 1987, *El Tiempo* dedicó el 55 por ciento de las noticias de su primera página a hechos de violencia; *El Espectador* y *El País,* el 54 por ciento; y *El Colombiano,* el 58. Por la misma época, el afán por magnificar la violencia guerrillera y por no confrontar la información, llegó a generar situaciones tragicómicas: los quince campesinos asesinados en Santander por un grupo de las FARC, a los que hizo referencia la prensa escrita, resultaron ser quince vacas.